

positivo, singularmente en el ámbito penal, para la salvaguarda de la dignidad de la persona, verdadero fin del Estado de Derecho definido en la Constitución.

AGUSTÍN MOTILLA

MÉNDEZ, José María y OTROS, *Comunicar valores humanos*, Unión Editorial, Madrid, 2002, 219 pp.

Junto a la constatada crisis de valores que padece la sociedad occidental, corre paralelo, quizá como reacción al fenómeno, un creciente interés por los estudios axiológicos, que nutre una cada vez más abundante bibliografía.

En este contexto se sitúa la actividad de la Asociación de Estudios de Axio-
logía, que en el 2001, por octavo año consecutivo, celebró un Curso sobre los valores. El resultado de aquella actividad llega ahora a nuestras manos en forma de libro que, bajo el título de *Comunicar valores humanos*, reúne las conferencias impartidas con motivo de aquel Curso. Cabe hacer un reproche en este punto, y es que no haya habido uniformidad a la hora de recopilar estas colaboraciones, pues mientras algunas se limitan a reproducir las conferencias dictadas, otras las completan y presentan trabajos de mayor amplitud y elaboración, con las consiguientes diferencias en cuanto al tono y la extensión en la aportación de cada autor, que en algunos casos contrastan demasiado. Es algo que acostumbra a ocurrir en los libros recopilatorios de una serie de ponencias y que además plantea la cuestión de si los autores han respetado el lema genérico bajo el que se agrupan los trabajos –la comunicación de valores–, o han considerado el marco más amplio de los valores en diferentes aspectos. Ahora se verá el resultado de todo ello.

Como el Presidente de AEDOS, Fernando Fernández Rodríguez, anuncia en la presentación del libro, en él «un elenco de siete distinguidos profesores [...] abordan con rigor diversos aspectos del mensaje axiológico y profundizan en las claves de interpretación del mismo» (p. 8). Veamos en qué consiste cada una de sus aportaciones.

José M.^a Méndez se encarga de abrir las puertas del libro en el «Prólogo», y al resto de trabajos con el que titula «¿Dónde están los valores? ¿En las personas o en las cosas?», preguntas a las que responde, de inicio, que tanto en unas como en otras existen valores, pero son distintos: serán valores *propios* los de las personas, y los de las cosas serán valores *derivados* (pp. 19-21). El valor propio, al definirse como deber-ser, resulta inaplicable a las cosas y consustancial a las personas, ya que estas deben realizarlos en su existencia a partir de su libertad (p. 32). Al mismo tiempo, los valores propios resultan ser «los fines que dan sentido a nuestra vida» (p. 44), no los fines subjetivos, sino los fines objetivos de la

vida humana. De aquí se sigue la destrucción del hombre cuando persigue anti-valores (p. 46). Y si los valores propios son los fines, los valores derivados son los medios, aunque esos medios sólo serán valores en la medida en que lo sean también los fines, es decir, el valor de los medios deriva del valor de los fines. Concluye afirmando que una Economía, que habría que entender como ciencia de los medios, sólo cuando esté «al servicio de los valores propios será verdaderamente humana» (pp. 46-47).

Carlos Valverde, bajo el título de «Los valores del ser», da un paso más en la línea iniciada y profundiza en los que considera los primeros y más profundos valores: los cuatro trascendentales del ser (p. 51). Sitúa el valor en el ser porque lo valioso es lo positivo, y considera positiva la realidad en cuanto tal; pero añade: «Valioso es lo que nos puede llevar a una realización más perfecta de la persona humana» (p. 51). Parte de que la realidad tiene una estructura de bondad, aunque la plenitud de la unidad, la verdad y la belleza sólo se den en una Causa Primera, hacia donde se dirigen las búsquedas del hombre. En la propensión hacia esa unidad y esa plenitud, el camino y el fin resultan ser la misma cosa: el Amor, que el autor identifica con Dios. El Amor-Dios lo explica todo, y por eso «sólo vivimos para querer el bien. Y aunque consigamos todos los bienes soñados, siempre nos queda el anhelo de más bien» (p. 70). El bien relativo o incompleto suscita en nosotros la necesidad de plenitud, porque no nos sacia. Dios, que es además la verdad absoluta, proporciona los medios para alcanzar la plenitud y la armonía del ser, de ahí que desesperar sea traicionarse a uno mismo: «Es traicionar lo más esencial de nosotros, la tendencia que tenemos hacia el bien» (pp. 70-71).

José Luis Bazán se centra en «El lenguaje, la palabra y los valores», como elementos esenciales de la comunicación, pero a un nivel pocas veces considerado: «Ser persona es decirnos y decir a los demás» (p. 82). Habla de la palabra con reverencia, como catapulta hacia el más alto grado de participación en el ser o como ministerio sagrado que nos pone en relación con nuestro más alto valor (pp. 91 y 94), y también como «el mejor aliado para ser nosotros mismos» (pp. 97-98). El tono de su trabajo es entusiástico, como quien ha asistido a una revelación, y arenga con pasión para emprender la subida de nuevas cumbres: «Narremos la vida de un modo que llene el espíritu de esperanza, y que la palabra no sea una sepultura de nuestra ilusión, sino pilar de nuestra fortaleza». Vienen a la memoria las palabras de Laín Entralgo: «Después de haber hablado ya no somos exactamente los mismos»; y otras reflexiones más pesimistas, como la de Juan Manuel de Prada, advirtiendo de que la decadencia personal se percibe en la degeneración del lenguaje: «Hemos perdido capacidad de expresión porque nuestra vida es absurda e incomunicada». Pero Bazán aprovecha la oportunidad brindada para dejar testimonio de su creencia en la palabra, y a decir verdad su optimismo resulta contagioso.

Marta López-Jurado escribe sobre «El valor de la prudencia» y lo vincula desde el principio con la felicidad. Según esta autora, la prudencia «nos ayuda a

gobernar la vida» (p. 103), en primer lugar porque se relaciona con el conocimiento experiencial, ya que la prudencia respeta la realidad, sus leyes, y eso nos permite alcanzar el bien «que se nos ofrece como un don a realizar». Aquí es oportuno recordar la aportación de Valverde respecto al valor del ser, que colocada como trasfondo de lo afirmado acerca de la prudencia resulta perfectamente complementaria. También cabe traer a colación la idea de Méndez sobre los fines objetivos cuando la autora afirma que actuar por motivos trascendentes es encontrarse a uno mismo en beneficio de los demás (pp. 115-116). Con rotundidad establece: «Yo no soy por lo que pienso, sino por lo que decido» (p. 120), con lo que la libertad se convierte en el instrumento que identifica al hombre, y también, a través de su ejercicio prudente, lo realiza («el hombre llega a ser lo que con su libertad elige ser», p. 121). La prudencia no es una virtud teórica, sino que precisa de la acción, y esa acción, ese ejercicio, en definitiva, del amor, lleva la felicidad en sí, como dijo Tomás de Aquino: «La felicidad es un acto, una operación, la operación de la virtud perfecta» (p. 125).

Alfonso López-Quintás, siguiendo con su larga trayectoria docente en la que ha luchado por aportar claridad a los medios y a los fines necesarios para formar hombres auténticos (véase el «Proyecto Líderes»), emplea en su colaboración uno de los instrumentos que, por bien explicados motivos, ha considerado siempre más valiosos: «La literatura de calidad, medio de transmisión de valores». Considera que, tanto para el lector como para el autor, «la obra literaria es un campo de juego y de iluminación» (p. 129), y siguiendo con su pedagogía habitual, emplea diversas obras literarias como ejemplos de las ideas que expone, en este caso con más razón que nunca, ya que la literatura como medio valioso es el objeto de su exposición. Utiliza para ello obras clásicas, porque «las obras literarias de calidad nos instan incesantemente a ascender de nivel y trascender los valores inmediatos» (p. 135), convencido del gran poder formativo de la buena literatura en cuanto que estimula la creatividad humana: «Por creatividad ha de entenderse, en rigor, la capacidad de asumir activamente diversas posibilidades con el fin de dar origen a algo nuevo valioso» (p. 143). Habla del encuentro como fuente de enriquecimiento, y de las experiencias de éxtasis o plenitud que nacen de él, frente a las de vértigo o vacío que son el resultado del desencuentro, con lo que subraya el poder elevador de la generosidad y la entrega (pp. 150-154). Las obras literarias, en este sentido, cumplen la función de permitirnos prever la realidad y dar la respuesta adecuada, porque «si no sabemos en cada momento en qué nivel de realidad nos estamos moviendo [...] y qué actitud debemos adoptar en cada caso, no tenemos garantía alguna de configurar nuestra personalidad debidamente y vivir una existencia digna» (p. 155).

«La comunicación de los valores» es el tema tratado por José Ángel Agejas. Su tesis central es que resulta redundante hablar de comunicación de los valores: «No se puede comunicar algo que no sea valioso, y lo valioso, por exigencia

esencial, es comunicable y [...] ha de ser comunicado» (p. 172). Por ello es la apertura del corazón la que hace posible la comunicación, que no es simplemente enseñar, que no puede ser más que individual, y que apela a la belleza del espíritu (p. 178). Se refiere el autor a las dificultades de esta comunicación valiosa, y la principal de ellas se encuentra en la propia indisposición del sujeto hacia los valores, su sordera o su ceguera, que pueden ser síntomas de odio a lo bueno, odio que hace a la persona impermeable al valor y provoca su crisis espiritual (pp. 186-191). Para vencer estos obstáculos, el comunicador no puede ser un mero transmisor de mensajes, sino que debe provocar reacciones de humanidad en el otro, lo que sólo se logra cuando se comparten vivencias humanas (p. 196). Por eso, concluye el autor, no cabe la neutralidad en la comunicación; no cabe ser neutral cuando se comunica la vida.

La última aportación es la de Javier Barraca, que nos recuerda «El valor incomparable de la persona», sobre todo porque somos «los únicos seres de este mundo que Dios ha querido y quiere por sí mismos» (p. 206). Es la libertad la que hace del hombre una realidad preciosa, por cuanto esa libertad lo orienta hacia los valores, y lo capacita para amar: «La persona es el ser para el cual la única dimensión verdaderamente adecuada es el amor» (p. 210). A diferencia de los demás seres, la persona es responsable de sus actos, y responde, entre otras cosas, de una vocación trascendental, que es la de amar a su prójimo (pp. 210 y 216). Para el autor, la persona constituye «la forma más elevada de actualización del ser» (p. 213), por su libertad, por su capacidad de trascendencia y por su mismo ser, y encuentra la fuente del valor en Cristo y, a través de Él, en Dios mismo. Concluye afirmando que la persona es «alguien, fundamental y sencillamente, que puede amarnos, y alguien a quien nosotros podemos, “debemos” amar» (p. 219).

Ahora cabe preguntarse: ¿trata la presente obra de la comunicación de valores humanos, como anuncia su título? Se habla de comunicación, de valores y, sobre todo, del hombre; pero el único trabajo que indiscutiblemente se ocupa de este tema es el de José Ángel Agejas, y sin embargo creo que todos ellos vienen a iluminar distintas facetas de esta cuestión, una cuestión que, no se nos oculta, no es tratada en todos sus posibles aspectos, sencillamente porque, por su profundidad y alcance, es inabarcable en un solo libro.

En cualquier caso, el tema de la comunicación de valores está presente cuando López-Jurado afirma que «los seres humanos estamos configurados de tal manera que sólo somos felices mediante la donación y la comunicación personales» (p. 122), o cuando López-Quintás nos dice que «el perfecto e invisible principio de toda vida», en el pensamiento de Juan Salvador Gaviota, «es compartir los descubrimientos que uno ha hecho y la riqueza que ha logrado atesorar» (pp. 145-146), y cuando todos los autores, de forma más o menos expresa, sitúan el amor como sentido de la persona y cauce de todo lo personal. Si no es comunicación esto, ¿qué lo es?

Que no se piense, por estas últimas palabras, que el libro es una obrita filosófica reblandecida por el sentimentalismo. Contra el emotivismo y su manipulación se nos advierte en varios lugares (pp. 85-86 y 113), si bien la pasión está presente a lo largo de toda la obra: la pasión de los autores por la verdad de la plena realización personal como posibilidad única y compartible. Al margen de ello, la propuesta que se nos presenta no está exenta de riesgos y dificultades, amén de infinitas recompensas, aspectos ambos que se pueden intuir en las palabras de López-Jurado, con las que termino mi comentario: «La capacidad de confiarse uno mismo y la propia vida a otra persona constituye uno de los actos antropológicos más significativos y expresivos» (p. 124).

ÁNGEL LÓPEZ-SIDRO LÓPEZ

MIÑAMBRES, Jesús (a cura di), *Volontariato Sociale e Missione della Chiesa*, Edizioni Università della Santa Croce, Roma, 2002, 328 pp.

Recoge en este volumen el profesor Miñambres la opinión de distintos estudiosos sobre un tema tan antiguo, y sin embargo tan novedoso como es el ejercicio del voluntariado relacionándolo con principios jurídico-canónicos y civiles. Personalmente creemos que el contenido de este libro supera con mucho lo que se espera de él a través del título, toda vez que en los estudios a los que hacemos referencia se contemplan, entre otros, ciertos aspectos de determinados entes eclesiásticos, como pueden ser, por ejemplo: el carácter público o privado de los mismos; problemática que presenta su personalidad jurídica; y su encaje en la normativa canónica dentro de la legislación civil.

El volumen se completa con una selección de textos relativos al ejercicio del voluntariado emitidos tanto por la Unión Europea, como por la Conferencia Episcopal Italiana, así como la legislación interna de distintos países europeos, en relación con este tema, entre ellos, España.

La totalidad de los estudiosos (A. Aranda; B. Ferme; Dalla Torre; Otaduy; Madera; y, entre otros, el propio Miñambres) parten de la base del hecho histórico de que una de las misiones de la Iglesia es el ejercicio de la caridad entendida como misión humanitaria y sobre todo como aspecto esencial del mensaje cristiano. En principio, tal misión fue considerada como una participación en el «ágape», pero con posterioridad, sobre todo a raíz del Concilio Vaticano II, la caridad es entendida como una personificación de Cristo en la persona humana que sufre por una causa u otra, en una actitud de servicio de toda la humanidad, a través de la idea de la universalidad de la Iglesia.

Desde una perspectiva histórica, comienza Antonio Aranda por afirmar que la caridad estaba confinada en la periferia de la teología de la Iglesia, sin embar-